GIL BLAS DE SANTILLANA.

GIL BLAS

DE

SANTILLANA,

COMEDIA EN TRES ACTOS

Original de

C. A.





IMPRENTA DE **OLIVA**, EN LA PLATERIA.

1837.

PERSONAS.

GIL BLAS DE SANTILLANA.

ROLANDO, capitan de ladrones.

CURRITO, su teniente.

EL MATON, otro ladron.

DOMINGO, negro, criado de los ladrones.

LEONARDA.

DOÑA MENCIA DE MOSQUERA.

DON ALVARO, su marido.

UN ALBEITAR.

DIVERSOS LADRONES QUE NO HABLAN.

VARIOS MINISTROS DE JUSTICIA Y SOLDADOS.



GIL BLAS DE SANTILLANA.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

GIL BLAS SOLO.

GIL BLAS, *con espanto y la cabeza desnuda.*

Gracias á Dios que llegué á este bosque sin novedad : salvéme, loada sea la agilidad de mis estiradas piernas, de las garras de la santa Hermandad, en cuya busca habia ido el maldito del arriero. Aun estoy temblando cuando pienso en

el peligro que he corrido en la posada de Cacabelos. ¡Pobre Gil Blas si te hubieran prendido! siendo acusado de robo por aquel perro de maragato, me hubiera dado tormento la justicia para hacerme confesar. ¡Ah, señor Gil Perez, mi amado tio! cual hubiera sído vuesto afliccion al saber que acusaban de robo á vuestro sobrino; le daban tormento, y yo confesaba de seguro culpas que no habia cometido, y luego me ahorcaban con todas las formalidades de estilo y reglas del arte!... Mas ya estoy en salvo por ahora (*Temblando*); de la justicia digo, pero no de otros peligros no menos inminentes; pues este enmarañado bosque me causa un miedo tan tremendo, que no acierto á dar un paso mas (*Mirando á su alrededor*). El solo ruido de las hojas me hace temblar como un azogado. Ni mas ni menos que un pobre está tiritando de frio en enero, pidiendo limosna á la puerta de una catedral, me hallo en este momento. La som-

bra de los árboles, el silbido del viento; todo, todo me parecen duendes ó fantasmas. ¡Triste sobrino de tu tio, qué será de tí! (*Mirando á la derecha sobresaltado.*) Mas hácia aquí vienen dos demonios en figura de hombres. Animo, Gil Blas, hagamos de tripas corazon escondiéndonos tras de este arbol (*Se esconde*).

ESCENA II.

EL DICHO ESCONDIDO, Y LUEGO SALEN VESTIDOS Y ARMADOS DE CONTRABANDISTAS, ROLANDO Y CURRITO.

ROLANDO, *enfadado.*

¡Voto á Júpiter tonante que mal dia ha sido para nosotros hoy! tendidos panza arriba desde antes de amanecer en aquella madroñera, ni siquiera un gato que pelar se nos ha presentado.

GIL BLAS, *escondido.*

Qué clase de hombres serán estos? sin

duda algunos hidalgos que han venido aquí á cazar. Escuchemos.

CURRITO, *á Rolando.*

Paciencia, capitan, bastante siento el no encontrar con quien ejercitar mi habilidad, pero juro á fe de Currito perdonavidas, que me he de vengar con el primer villano que caiga por mi banda, al que protesto que si no lleva blanca le he de desollar vivo.

GIL BLAS, *aparte.*

No dije yo que no habia concluido de sustos. Ahora si que puedo decir con verdad que salí de Málaga para entrar en Malagon. ¿Qué haré en tal conflicto? si salgo del bosque me esperan tormento y horca; y si esta gentecita, tan honrada segun parece, me descubre: este noble hidalgo tendrá seguramente la bondad de desollarme vivo: ¡brillante perspectiva infeliz Gil blas!

ROLANDO.

Los compañeros tardan en volver. Les

encargué registrasen el bosque como de costumbre, á ver si los perdigueros de la santa Hermandad se han introducido en él en perseguimiento nuestro; pues tal vez no dejarán de sospechar y registrar estas madroñeras.

CURRITO.

Ya deben de volver pronto; sentémonos entre tanto debajo de este árbol.

GIL BLAS, *aparte*.

Qué haré? si doy un paso me descubren; mas... feliz ocurrencia, subiré en el árbol (*Se sube*). Ya está visto que por fuerza he de ocupar altos puestos.

ROLANDO.

Vamos pues á sentarnos; y hablarémos de nuestros asuntos, mientras llegan los compañeros (*Se sientan*).

GIL BLAS, *en el árbol*.

Ahora sí que estoy seguro, á menos que tambien tropiece aquí con algun duende aéreo.

CURRITO,

¿ Sabes, amigo, que nuestra ama de gobierno, la señora Leonarda, está sumamente pesarosa de la muerte de nuestro jóven copero, que hizo la tontería de dejarse morir de languidez en nuestra caverna?

(Viene en esto volando con mucho ruido un buitre ó milano, dando graznidos, y se coloca sobre el árbol en que está Gil Blas, en las últimas ramas.)

GIL BLAS, *aparte*.

Misericordia! ahí está el duende aéreo que yo temia, en forma de pajarote! Este demonio volátil me va á descubrir, ó tragarme entero; de modo que no hay remedio; tormento, horca, desuello, ó tragamiento, la muerte me persigue dó quiera.

ROLANDO.

Yo tambien siento la muerte del tal muchacho, y desearia encontrar un subs-

tituto, pues la viejarrona no puede atender á todo.

GIL BLAS, *saca en esto su pañuelo y trata de espantar al animal.*

Huye de aquí demonio! te lo pide por Dios, el infeliz Gil Blas (*el pajarote redobla sus graznidos sacudiendo las alas*).

ROLANDO, *volviendo la cabeza*,

Que demonio de bulla se oye en este árbol; ¡mas qué veo! un muchacho peleando con un ave! (*Amartilla su trabuco, apunta á Gil Blas.*) Ola, mocito, déjate de combates en el aire, y bájate aquí presto; ó sino!...

GIL BLAS, *bajando*.

Señor D. hidalgo, tenga V. paciencia un momento (*Márchase volando el pajarote*). Allá voy. Por los dolores que pasó su madre al parirle, no me haga V. bajar mas aprisa de lo que acostumbro, pues yo soy algo torpe en el ejercicio de subir y bajar.

CURRITO.

Este será algun espía de la santa Hermandad, no hay mas que despacharle de un trabucazo para que vaya á dar cuenta al otro mundo de lo que haya visto en este.

ROLANDO, *muy enfadado á Gil Blas.*

Quien eres? qué hacias aquí en el árbol? y qué buscas en este sitio, responde con verdad, ó sino te levanto la tapa de los sesos.

GIL BLAS, *se arrodilla temblando.*

Tengan Vds. piedad, señores, por Dios se lo pido de un infeliz gusarapo que ningun mal os ha hecho, y que solo por salvar su vida á este bosque se refugió, huyendo de las garras de la justicia. Si sois hidalgos, como lo presumo, amparad al sobrino de su tio Gil Perez; y Gil Blas de Santillana, que este es mi nombre, se creerá el mas afortunado de los hombres, consagrándoos sus servicios.

ROLANDO.

Alza del suelo, infeliz (*Alzase Gil Blas*), y cuéntanos los pormenores del lance que te ha obligado á refugiarte aquí.

GIL BLAS, *aparte*.

Tan aturdido estoy, que no sé como principiar (*A ellos*). Mi tio, que crió á su sobrino, que soy yo, desde la mas tierna infancia, quiso que fuera desde Oviedo, mi patria, hasta Salamanca á aquel pozo de ciencias, en el que hasta los asnos saben rebuznar en latin; á fin de que buscara un buen empleo, confiado en mi talento. Pero mi mala suerte quiso, para patentizarme la verdad del proverbio que dice: *El hombre propone y Dios dispone*, que en lugar de ir á lucir mi ingenio en la sapientísima Salamanca, me viera espuesto á lucir mi garbo en Cacabelos, en lo alto de una horca, por la falsa acusacion de robo que contra mí y otros compañaros de viaje,

hizo el maldito del arriero que nos llevaba. Dióme alas el miedo del tormento, con el que nos amenazó el bribon del maragato, y tomando apresurado las de Villadiego, sin seguir camino cierto, llegué muerto de miedo á este bosque, subiendo á este árbol para esconderme mejor; pero hasta en los aires persiguió la suerte infausta al triste licenciado Gil Blas de Santillana, que teneis aquí presente pidiéndoos encarecidamente no le castigueis su osadía de venir sin licencia vuestra á estos matorrales, ni le entregueis á los esbirros, que acaso le persiguen.

CURRITO.

¿Será esto verdad? míralo bien, que si luego salimos con otra cosa, pagarás con tu vida la mentira (*Le apunta*).

GIL BLAS, *temblando*.

Yo les juro á Vds. por todos los dioses antiguos y modernos del paganismo, que lo que he dicho es la pura verdad;

y tan cierto como ahora me veis tembiar de pies á cabeza.

ROLANDO.

Siendo así, tranquilízate, y da gracias á Dios por habernos encontrado, pues te ha deparado unos protectores que sabrán librarte de las uñas de la santa Hermandad, y de los demas peligros á que se halla espuesta la juventud en el mundo. Serás nuestro copero, y....

CURRITO.

Feliz pensamiento, capitan. Sí; ocupará el lugar del que se dejó morir tan tontamente.... mas allá vienen los demas compañeros.

ESCENA III.

LOS DICHOS Y VARIOS LADRONES CON EL MATON.

EL MATON.

A nadie hemos visto, capitan, ninguna novedad hay en el bosque.

UN LADRON.

Podemos ir á nuestro palacio á comer sosegadamente (*Señala á Gil Blas*). Mas ¿quien es este mocito tan barbi-lampiño ?

CURRITO.

Es un substituto del difunto copero, que Dios nos ha enviado. Ha venido rodando del cielo, como cuentan allá de Vulcano in illo tempore. Cayó sobre este árbol, en el que le hemos hallado. Pero vámonos, como tú dices, á nuestro palacio, que de aquí dista pocos pasos ; pues tengo un hambre de demonio.

GIL BLAS, *aparte.*

O de estudiante, que es lo mismo (*A los ladrones mirando á su alrededor*). ¿Mas, señores hidalgos, donde está ese cercano palacio que no le veo desde aquí?

CURRITO.

No te dé pena, amiguito ; nuestro palacio es de una arquitectura tan sencilla y

natural, que no se ve hasta hallarse dentro.

GIL BLAS, *aparte.*

Gil Blas, Gil Blas, pobre de tí; este bosque es sin duda encantado, y sus habitantes unos mágicos endemoniados que te embrujarán, y despues....

ROLANDO.

Vamos todos, amigos, á cenar alegremente, ya que no hay novedad alguna para esta noche.

(Se van todos llevando á Gil Blas en medio.)

GIL BLAS, *aparte.*

Angeles del paraiso, habitantes del cielo y de la tierra, y vosotros sensibles espectadores (*Mirando á estos*), que este lance presenciais, rogad por el infortunado Gil Blas que en tantos apuros se ve hoy metido.

(Desaparecen.)

MUTACION.

Subterráneo, figura una cocina con su bateria correspondiente, se prolonga á lo lejos el subterráneo con varias divisiones formando arcos algo arruinados: una reja abierta, algo distante del público á la derecha, una escalera á la izquierda, una mesa en medio sobre la escena con bancos al rededor: alumbra el subterráneo una antigua lámpara de iglesia.

ESCENA IV.

LEONARDA Y LUEGO DOMINGO.

(Un reloj lúgubre da las siete. Leonarda baja por la escalera con un candil en la mano, vestida muy rara, vieja y asquerosa.)

LEONARDA.

Ya han dado las siete, y no han venido todavía los señores amos: ¡cuanto tardan! ya vengo de arreglar las camas mientras

se estaba acabando de cocer la cena. Paso aquí una vida bastante trabajosa para mi edad, sobre todo desde que se murió el pobre Perico, á quien yo queria en estremo, aunque no me correspondia; yo creo que se murió de la pesadumbre de verse querido de mí: ¡qué tonto fué! ¿No soy acaso una muger como las otras? qué mas queria? no soy á la verdad muy jóven; pero lo he sido, y muy aficionada á divertirme; aun me acuerdo de mi mocedad, y todavía, todavía... (*Se rie*) á, á, á, yo quisiera hallar quien me amara!... Pero llamarémos á Domingo para que me ayude á poner la mesa: Domingo! Domingo!

(Le llama).

DOMINGO.

(Negro, tuerto, cojo, y mal vestido, sale à la escena con Leonarda.)

Allá voy; ¿qué quiere V.? Señora Leonarda, aquí estoy.

LEONARDA.

Que me ayudes á poner la mesa, hombre, que es ya tarde : vendrán pronto los amos, y querrán cenar en seguida.

DOMINGO.

Con mucho gusto, amiguita (*Haciéndola una fiesta en la cara*) pues ya sabe que por V. me muero todito ; vaya, vaya, cuando la veo no sé lo que me pasa, y!...

LEONARDA, *dándole un bofeton.*

¡ Quítese allá demonio ! ¿ á mí venirse con estas chanzas ? como se entiende ! (*Aparte*) ¡ No es poco el atrevimiento de este majadero ! Puf! qué asco ! yo corresponderle ! Dios me librara! (*Suspira*) Ay Perico de mis entrañas ; ¡ porque hicistes la bobería de morirte ! yo te queria tanto !

DOMINGO.

No se enfade V., mona mia, porque yo la requiebre : ya es V. mas que jamona y debe de tener juicio. Si no aprovecha la

ocasion que se le presenta, pues yo la ofrezco mi mano, corre V. peligro de necesitar la palma de doncella en su entierro.

LEONARDA.

Ofrece tu mano á una perra, que yo renuncio al regalo. ¡Quítate de ahí! que mas pareces un demonio que un hombre....

DOMINGO.

Mira la que me llama feo; ¿y ella qué es sino vieja, fea, y?...

LEONARDA, *agarrandole de las greñas.*

Conque vieja, fea, y.... (*Gritando*) qué? dilo, dilo, esplícate, ó sino te saco los ojos con mis uñas.

ESCENA V.

LOS DICHOS Y ROLANDO, CURRITO, EL MATON: Y DEMAS LADRONES CON GIL BLAS.

ROLANDO.

¿Qué tienes, Leonarda? estabas hacien-

do tus fiestas acostumbradas al pobre Domingo? estais siempre como gatos y perros. Sosiégate, amiga, aquí te traigo un compañerito algo mas lindo que tu negrillo; mírale, mírale bien, á ver si te gusta.

LEOÑARDA.

(Saca sus anteojos con mucho desprecio, y luego le mira de pies á cabeza.)

GIL BLAS, *aparte.*

Ya estamos sin duda en los infiernos; sí, no hay duda, y este negro será el mismo diablo cojuelo, y esta mocita su muger: son tal para cual. Sudando estoy de las angustias padecidas en los callejones oscuros de este palacio, como lo llaman ellos.

CURRITO, *á Leonarda.*

¿Vamos qué te parece el mocito? ya le has mirado bastante. Será nuestro copero, en lugar de Perico; te ayudará en tus quehaceres.

LEONARDA.

(Haciendo una fiesta á Gil Blas en la cara, y este se limpia con su pañuelo.)

En efecto, es muy guapo; es todavía mas lindo que el difunto Perico: cuanto me alegro de su llegada; yo le cuidaré mucho, le querré; y si el me corresponde, vivirá feliz aquí entre nosotros.

DOMINGO, *aparte.*

¡El demonio de la bruja! miren Vds. como se alegra por la llegada del mocito. Se derrite toda.

GIL BLAS, *aparte.*

¡Buena conquista he hecho yo á mi entrada en los infiernos! la doncellita es interesante. Vaya, héteme aquí hecho el Ganimedes, sucesor y amante de esta maldita Hebé.

ROLANDO, *á Gil Blas.*

¿Qué dices tú, Gil Blas, de esto? estarás contento de vivir en compañía de Leonarda? es criatura muy amable y humana por no decir angelical.

GIL BLAS.

Yo, sí señor; porque, ya vé Vmd... tanta bondad... tanta hermosura... (*Aparte*) Vaya, no sé lo qué me digo.

CURRITO.

¿La cena está pronta, Leonarda? sírvela mientras ponemos nuestras armas en su sitio.

(Se van hácia el foro, y colocando sus armas, Leonarda y Domingo cubren la mesa de diversos manjares.)

LEONARDA, *á Gil Blas.*

Gil Blacito, vamos, ayúdame, pon estas botellas en la mesa (*Alargándoselas*) pues este es tu oficio: un gentil mozo como tú ha de tener viveza; pero yo te enseñaré á volar!... en peores manos podias haber caido.

GIL BLAS, *aparte.*

En peores manos no lo creo, y mejor quisiera haber caido en manos de los esbirros de la santa Hermandad, que verme

obligado á servir el néctar á estos dioses infernales.

LEONARDA, *á los ladrones.*

Señores, ya está la cena en la mesa.

(Estos vienen y se sientan á la mesa comiendo apresuradamente.)

ROLANDO, *alargándole el vaso.*

Dános Gil Blas de beber, y alégrate: pasarás aqui buena vida, comerás bien, beberás mejor, y olvidarás en breve lo restante del mundo. Antes de amanecer te llevarémos con nosotros al monte para que hagas al instante tu primera campaña, y aprenderás á despojar con destreza á los caminantes, y á asaltar animoso á los hidalgos en sus castillos.

GIL BLAS, *dando de beber á todos dice aparte.*

¡Buen oficio es el que ejercen estos señores, y quieren que yo le aprenda! de esta hecha si llego á tropezar con la justicia, no habrá quien me libre de la horca; ¡ya veo que queriendo evitar á Sila

he venido á estrellarme contra Caríbdis! paciencia, señor sobrino de su tio.

CURRITO.

Este es el modo de hacerse ricos y de gozar de la vida alegres y divertidos. Tiene á la verdad nuestro oficio sus quebrantos, como todos: prision, grillos, horcas, ó presidios, son los escollos contra los cuales solemos estrellarnos; pero, como dice el refran: no hay atajo sin trabajo.

ROLANDO.

Ya estamos bien bebidos, y bien comidos; con que, señores, vámonos á dormir, y prepararnos á los trabajos venideros, cobrando nuevas fuerzas.

(Toma una luz, le siguen los demas ladrones subiendo las escaleras, y desaparecen.)

ESCENA VI.

LEONARDA, DOMINGO, Y GIL BLAS.

DOMINGO, *encendiendo una linterna sorda.*

Yo me voy á cuidar de los caballos. Vmd. señora Leonarda, no se olvide de dar de cenar á ese mocito, pues nosotros cenamos antes que vinieran los amos.

LEONARDA, *quitando la mesa.*

Vete con mil diablos; no necesito que me adviertas lo que tengo que hacer.

DOMINGO, *á Gil Blas dándole en el hombro.*

Amiguito, le ha entrado V. por el ojo derecho á esta buena maula. Si V. la corresponde tan siquiera unas miajas, es V. hombre feliz. Abur amigo (*Se va*).

GIL BLAS, *saludándole.*

Pase V. buena noche, caballero (*Aparte*). Gran felicidad es la mia, no hay duda; cuantos de los que esta beldad están viendo me la estarán envidiando en este

momento (*Mirando á los espectadores*).

LEONARDA, *á Gil Blas.*

Ahora te darémos tu cena, querido; ¿tienes apetito?

GIL BLAS.

No por cierto, lo que quiero es dormir pues estoy cansado (*Aparte*) Con solo ver á este ángel de tinieblas se me fueron las ganas de comer; quítate cuanto antes de mi presencia deidad infernal.

LEONARDA.

Pobrecito! ¿no quieres cenar? vamos yo te enseñaré tu cama, para que descanses (*Enciende un farolito*). Sígueme (*Haciéndole un cariño en la cara*): mira no vayas á dejarte morir como Perico tu predecesor (*Le lleva á una especie de lecho debajo de la escalera*). Aquí dormia Perico, en esta cama, y ahora reposa su cuerpo debajo; conque á dios, amiguito, (*Le hace otro cariño en la cara*). No tengas miedo al difunto, ni demás señores de esta mansion aquí enterrados; pues esta

es la bóveda sepulcral en la que reposan de sus fatigas despues de su muerte. A dios, á dios Gil Blas, hasta mañana (*Vuelve à la escena, toma un candil, apaga la làmpara y se va por la escalera*) yo me voy tambien á dormir. ¡ Qué lindo es este compañero que me han traido ! me estaré acordando de él toda la noche. Pobrecito, ojalá no se muera de rabia porque le quiero, como el otro tonto copero : pero yo le cuidaré mucho (*Vase por la escalera*).

ESCENA VII.

GIL BLAS SOLO.

(Sale de debajo de la escalera con su linterna, pálido y los cabellos herizados.)

GIL BLAS.

¿Donde demonio me han metido? en el cementerio de los ladrones ; ¡ qué susto, qué horror ! mil fantasmas parece que me

persiguen: ánimo Gil Blas (*Temblando como un azogado, tropieza con la mesa*). ¿Mas que es esto? (*Mira con su linterna*) ¡ah! esta es la mesa; hay todavía algunas botellas en ella. no seria malo confortarme algo con el néctar de estos dioses infernales ò ladrones(*Toma una botella, bebe un buen trago*). Este licor de Baco es el mejor confortante que se conoce, pues infunde valor á los mas cobardes; ya voy siendo otro (*Bebe otro trago*). Sí, en efecto, ya no tengo tanto miedo (*La pone sobre la mesa*). Discurramos un poco (*Se pone á cavilar*). Buen plan; perfectamente. Con esta lienterna puedo volver á encontrar la salida de la cueva; abriré la trampa, y héteme aquí en el bosque; despues Dios dirá (*Se para un poco*). ¿Mas si me coge la santa Hermandad? pero por otra parte ¿qué me ha de hacer, siendo inocente? En todo caso descubriré á la justicia esta cueva dó habitan cíclopes, Proserpina, dioses infer-

nales, ladrones y que sé yo que mas; agradecidos entonces al servicio que hago á la humanidad, me dejarán en paz los esbirros: sí, ya salto y brinco de alegría (*Salta y brinca*) al pensar que volveré á ver la cara del sol. Por aquí ha de ser por donde venimos segun me acuerdo. (*Dirigese buscando con su linterna á la reja que está cerrada, se da con las narices en ella*). Mas qué veo! encantos! no digo! esta reja no estaba aquí antes (*Con cólera*): ¡ah si de un puñetazo pudiera echarla abajo!

(Da un fuerte puñetazo en la reja, una campana toca de repente á rebato, retumbando á lo lejos. Sale Domingo con un látigo en la mano, una linterna sorda en la otra y da dos ó tres latigazos á Gil Blas descuidado.

GIL BLAS, *gritando.*

Ay! ay! que me han muerto; misericordia; señores hidalgos, ladrones, dioses infernales, á mi socorro, que me mata este demonio de Ciclope.

ESCENA VIII.

LOS DICHOS Y TODOS LOS LADRONES CON LEONARDA.

(Bajan apresuradamente por la escalera con una interna cada uno, y cogen todos sus armas.

ROLANDO.

¿Qué diablos de estruendo es este, Domingo? qué voces? qué significa esto?

DOMINGO.

Es este bribonzuelo, que queria escaparse, intentando forzar la reja.

LEONARDA, *gritando.*

¡Ay Dios mio! aun no acabó de entrar el pajarito en la jaula, y ya queria escaparse! yo te llevaré á mi cuarto, y así no te podrás marchar, ingrato!

CURRITO.

Ola, ola, señor Gil Blas: V. hace ya de las suyas. Sí, sí, Leonarda, llévatelo

contigo y vigílale bien, para que no trate de huir; aunque es imposible que lo verifique, pues apenas se empuja la reja cuando por medio de un resorte, toca la campana á rebato, sirviéndonos de despertador.

ROLANDO.

Vamos ya pasó el susto, pues yo creí desde luego que la santa Hermandad habia descubierto este retiro nuestro: cójele tú Leonarda, yo te cedo todo mi poder sobre el tunantuelo, y si no quiere hacer bondad, castígale como quisieres.

LEONARDA, *cogiendo del brazo á Gil Blas.*

Vamos, ingrato, á mi cuarto, yo te haré la guardia como un Argos, y verémos si burlas mi vigilancia.

GIL BLAS, *aparte.*

Cada vez de peor en peor, pues era cien veces preferible quedar solo entre los muertos debajo de la escalera, que

pasar la noche en compañía de esta bella Proserpina ; maldito sea el poco acierto mio.

(Se van todos por la escalera,)

Fin del acto primero.



ACTO II.

Bosque largo con arboles en medio.

ESCENA PRIMERA.

(Es de noche. Sale Gil Blas armado de contrabandista, con sable, trabuco y pistolas, pero con figura muy estravagante)

GIL BLAS.

Aquí me han puesto de centinela para esperar á los caminantes, y dar aviso á mis honrados amos de lo que pase. Dios mio me perdone sino tengo mas miedo con estas armas que sin ellas. Yo jamás hice fuego, y si llega el caso de disparar este trabuco, confieso que voy á morir de susto (*se pasea*). Maldita arma cuanto pesa (*la mira y remira*). ¿Con qué ya

sois, señora, mi compañera? con qué Vds. me han casado? Es decir que ya tengo dos mujeres con quien cargar? de dia con esta maldita carabina (*Dándola de bofetones*), y de noche con la perversa y asquerosa deidad infernal de ese palacio encantado, en que me han hospedado tan generosamente los nobles salteadores que le habitan (*Remedando á Rolando*). Cuidado, me dijo el que llaman su capitan, con su dulce vocecita, cuidado como te portas, Gil Blas, te estarémos observando, y si faltas un ápice á tu obligacion!... pum!... pagarás con tu vida... (*Declama graciosamente*). Gracias, gracias, insigne Rolando, por el favor: con la vida nada menos he de pagar, ¡como quien no dice nada! Si yo os hubiera costado tantos dolores como á mi madre al parirme, no me ofreceriais un tan buen regalo como la muerte (*Se pone á escuchar*). Mas me parece oigo pasos: hay Gil Blasito de tus padres: que poco ima-

ginan ellos el conflicto en que me veo! (*Escucha otra vez*) Sí, no hay duda, alguien hácia aquí se acerca (*temblando*). ¿Qué haré? se me va casi el trabuco de las manos del temblor que tengo. Pero esa voz de cuidado (*imitando á Rolando*) del demonio, de aquel rey de bandidos, resuena aun en mis oidos. Quien vive, me han encargado que diga tres veces, y que dispare luego sino contestan. Saquemos fuerzas de flaqueza (*Amartilla su trabuco con mucho temblor, apunta bamboleándo el arma de miedo*). ¿Quien vive? (*grita*) ay Dios mio no contestan, algun duende sin duda (*Sale un borrico suelto en la escena; grita Gil Blas segunda vez*). ¿Quien vive? (*Pausa*) Nada, ninguna respuesta, tendré que disparar, ¿y si mato al duende? ¡ah, pobre Gil Blas!. (*Siempre temblando*) Disparo pero este tiro no debe ser á cargo de mi conciencia (*Grita tercera vez*). ¿Quien vive? nada tampoco: allá va el tiro (*Vuelve la cabeza hácia los*

espectadores cierra los ojos haciendo mil visajes, dispara, y cae en el suelo revolcándose y gritando) Socorro! favor al rey! yo estoy muerto.

ESCENA II.

EL DICHO Y TODOS LOS LADRONES QUE SALEN APRESURADAMENTE CON ACHAS ENCENDIDAS.

ROLANDO.

¿Qué es eso? qué tienes? Gil Blas, á quien has tirado?

GIL BLAS.

Yo no sé si le he matado; ó si he muerto yo: por allí venia el duende (*Señalando hácia el borrico*).

CURRITO.

Vamos á ver á quien mató el valiente licenciado (*Se va con algunos hácia el borrico*). ¡Victoria, victoria, Gil Blas! te has portado muy valiente; pues poco ha faltado para que mataras á un borrico (*Todos rien á carcajadas.*)

EL MATON.

Buen principio, llegará á ser un dia nuestro copero el terror de España en los caminos, dejándola despoblada de asnos.

ROLANDO *á Gil Blas.*

Alzate del suelo, majadero, que aun no has muerto: cobra ánimo y prepárate de nuevo á otra escaramuza.

GIL BLAS, *alzándose como con trabajo.*

Ya que V. me asegura que no he muerto, me levantaré: pero mírelo V. bien, no se equivoque, pues yo estoy en duda. Fué tan grande el miedo que pasé, que no fuera estraño el que yo hubiera espirado.

CURRITO, *cogiéndole de un brazo.*

Vamos, vamos, déjate de chuscadas, tunantuelo, y procura tener otra vez mas valor, ó sino te despacho al otro mundo (*Le amenaza*). Ya va siendo de dia, apa-

guemos nuestras achas, y volvámonos á nuestro puesto.

(Se llevan las achas dos ladrones.)

GIL BLAS.

Yo tambien me marcharé con Vds., pues no tengo valor de permanecer aquí mas tiempo, reprochándome la conciencia el homicidio que he estado á punto de cometer; ¡inocente y rebuznante animalito! ¿qué me habias hecho para que yo tirara á matarte?

ROLANDO.

No, señor concienzudo; V. no se ha de mover de aquí hasta que haya dado verdaderas pruebas de valor, despojando al primer pagano que se presente.

CURRITO, *mirando hácia donde salió el borrico.*

Mas hácia aquí se dirige un hombre solo, á caballo segun parece. Alerta, Gil Blas, á tí te toca pedirle la bolsa ó la vida. Ya entiendes, has de entregarnos su bolsillo, ó su cuerpo muerto si se resiste.

GIL BLAS, *aparte.*

San Crispin bendito, amparadme, pues aun no acabé de padecer ; quieren enseñarme por fuerza estos bárbaros á ser un desalmado salteador.

ROLANDO.

Bravo, buena ocasion, Gil Blas, ánimo y hazte digno del alto honor que queremos hacerte admitiéndote en el gremio de los valientes, como estos (*Señalando á sus compañeros*); pero alejémonos nosotros : y tú, amiguito, escondido tras de este árbol, aguarda al villano, sácale su dinero y pórtate con honor, acordándote que te estarémos observando. Toma mi trabuco, y dame el tuyo que está descargado.

(Se lo cambia, y se van todos menos Gil Blas.)

ESCENA III.

GIL BLAS SOLO.

(Amanece.)

GIL BLAS.

Héteme aquí otra vez solo, y hecho no un doctor de Salamanca, ni un médico á palos; pero sí un valenton á trabucazos. Me retiraré detrás de este árbol, segun me han mandado, y aunque medio muerto de miedo, asaltaré al pobre penitente que hácia aquí se viene muy despacio y dscuidado sobre su borriquillo. (*Mirando hácia los bastidores*), Mas calla, parece que trae un talego. Buena ocasion de contentar á aquellos hombrecitos de bien, que tanto gustan de la hacienda agena (*Escóndese temblando*). Animo Gil Blas, ya se acerca el cuitado.

ESCENA IV.

EL DICHO Y UN MAESTRO ALBEITAR.

(El dicho escondido tras del árbol, y un maestro Albeitar montado en un asno, con un talego de herraduras y unas alforjas.)

ALBEITAR.

Arre borrico. Maldito sea el hijo de su madre que no quiere andar.

GIL BLAS, *apuntando detrás del árbol.*

¡Alto ahí! (*Luego sale siempre apuntando y bamboleando su trabuco con gestos ridículos*) La bolsa ó la vida, buen hombre.

ALBEITAR, *con mucho susto.*

¡Ah, señor ladron, perdóneme V. la vida por Dios! yo le daré cuanto tenga.

GIL BLAS, *acercándose poco á poco y temblando hasta tocar con su trabuco el pecho del Albeitar.*

Vamos, suelte V. ese talego con las alforjas; apriesa, despachemos. Sí despa-

cha por Dios (*Aparte*), hombre, que yo tengo mas miedo que tú; y si tardas me caigo en el suelo medio muerto de miedo.

ALBEITAR.

Ahí va todo.

(Suelta el talego y las alforjas, pica al burro y se va.)

GIL BLAS, *se quita el sombrero y le hace una gran cortesía.*

V. disimule, caballerito, mi franqueza: abur amigo, y mande cuanto quisiere (*Desaparece el albeitar*). Gracias á Dios que salí bien de mi empresa, porque fué tan cobarde como yo el patan. Mas ya vienen los hidalgos, ansiosos de ver lo que contiene el talego.

ESCENA V.

GIL BLAS, Y TODOS LOS LADRONES.

ROLANDO.

Muy bien, amigo, te has portado, hemos estado observando el denuedo con que

acometiste al villano. Mucho prometes para lo venidero; y creo que algun dia me sucederás en el mando.

CURRITO.

¡No dije yo que habia de llegar con el tiempo á ser el espanto de los caminantes!

GIL BLAS, *aparte.*

No es mala señal de mi valor venidero el temblor que esperimento, por fuerza están borrachos estos hombres sino lo notan.

EL MATON.

Vamos entre tanto á ver lo que contienen el talego y las alforjas (*coge el talego, y otro las alforjas*). Mucho pesa: si es todo dinero, buena presa has hecho.

(Le vacía y caen las herraduras, el otro desocupa las alforjas, sacando todas las herramientas propias de un albeitar, hasta unas tijeras de esquilar caballerías. Todos se rien á carcajadas.)

EL MATON.

¡Qué diablura!

CURRITO.

Dignas presas del valor del insigne Gil Blas.

ROLANDO, *dándole en el hombro.*

Bien has merecido amigo, por tu portentoso denuedo un par de estos finísimos zapatos.

(Indicándole las herraduras.)

EL MATON.

No seria malo el herrarle aquí mismo en recompensa de su ingenio, pues se ha dejado engañar del maestro de albeitar.

GIL BLAS.

La presa no es tan despreciable como á Vds. les parece, pues muchos animales hay en el mundo que herrar; y no ha dejado de costarme algun trabajillo (*Aparte limpiándose el sudor*): aun estoy sudando del apuro en que me he visto.

CURRITO, *alzando las tijeras.*

Esto amigo se llama habernos esquilado á todos con este regalo.

ROLANDO, *mirando hácia los bastidores.*

Silencio señores, hácia aquí viene un coche de colleras con algunos hombres á caballo. Será esta sin duda mejor presa que el despojo del maestro albeitar (*á Gil Blas*). Ya que acabas de dar pruebas de tu inimitable valor con el paleto, no te portarás menos valiente en esta otra ocasion que nos depara la fortuna (*A los ladrones*). Seguidme, amigos: cada uno á su puesto, y tú Gil Blas, tras de este árbol con Currito; has de mandar hacer alto al cochero, y si no tienes el ánimo de despacharle en caso que no obedezca, Currito cumplirá por tí.

(Vanse, menos Gil Blas y Currito.)

GIL BLAS, *aparte.*

¡Otra escaramuza! ánimas benditas del purgatorio, preparaos á recibirme entre vosotras, pues es imposible que yo salga bien de esta refriega.

(Temblando.)

ESCENA VI.

GIL BLAS y CURRITO.

CURRITO, *dándole una fuerte palmada en el hombro.*

Vamos, señor licenciado, alerta; preparaos, amartillemos nuestros trabucos; y estad pronto á mandar hacer alto al cochero, ó sino daré buena cuenta de V.; pues yo he de ser su maestro, y le aseguro que no saldrá de mis manos hasta que se haya hecho tan famoso como Caco el rey y maestro del arte que profesamos.

GIL BLAS, *amartillando su trabuco con gestos ridículos.*

Yo os prometo, señor D. Curro, hacer todo lo posible por parecer valiente; pero confieso ingenuamente que no tengo inclinaciones belicosas.

CURRITO, *amartillando el suyo.*

No desesperes de llegar á perder el miedo; los mas cobardes suelen ser con el

tiempo los mas valientes. Se despertará en ti el amor de la gloria militar, y entonces....

GIL BLAS.

Mucho he oido hablar de la gloria; pero no he llegado á comprender aun que clase de animal es este, la gloria militar, ni de que color es. Lo que puedo afirmar es que mas gusto me daba el vencer á mis compañeros de filosofía, arguyendo con ellos á voces, y sacando luego las conclusiones á puñetazos, obligándolos así á callar, que la esperanza de los hartones de glorias que V. me promete; pues he oido decir á un pastelero amigo mio que las glorias eran sumamente indigestas.

CURRITO.

¡Qué majadero eres, Gil Blas; pero calla que pronto llegará el coche. Escondámonos, y cuando esté á tiro de fusil, no te olvides de gritar alto ahí, saliendo en seguida á apuntar al cochero.

(Se esconden.)

GIL BLAS, *aparte.*

¡Mal haya el destino! (*Temblando*) mi última hora se acerca.

(Oyese en esto el ruido de un coche con latigazos. Sale Gil Blas apuntando y bamboleando su trabuco, y luego Currito.)

GIL BLAS.

Alto ahí!

(Deja caer su trabuco, sigue el ruido del coche, Currito corre, dispara entre bastidores, y para el ruido.)

GIL BLAS.

Ya mató al cochero, pero vuelve hácia aquí perseguido por tres hombres: ¿pobre de mí que haré?

(Se esconde tras del árbol.)

ESCENA VII.

EL DICHO Y CURRITO PERSEGUIDO POR DON ALVARO Y DOS COMPAÑEROS DE ESTE.

D. ALVARO.

A él amigos, matadle.

(Currito se esconde tras de otro árbol, apuntando á D. Alvaro. Salen Rolando y demas: el primero apunta à D. Alvaro y le hiere.

D. ALVARO, *cayendo herido.*

¡Ya me han muerto! Oh cara Mencia!

(Queda como muerto.)

(Currito sale detras del árbol, se junta con Rolando que persiguen á los compañeros de D. Alvaro de árbol en árbol, y les matan á tiros uno tras de otro. Gil Blas sube en el árbol que le ocultaba.)

GIL BLAS, *al subir en el árbol.*

De este modo yo huyo de la quema y dejo á los hidalgos que se harten de glorias.

ROLANDO.

Ya murieron todos.

GIL BLAS.

¡Victoria! victoria! hemos vencido.

CURRITO, *mirando al árbol.*

A perro de licenciado estrafalario; te pusiste en salvo, huyendo de la refriega. Baja al instante te mando...

(Apuntándole.)

GIL BLAS, *bajando.*

De este modo me quiere V. pagar los

servicios que yo he estado haciendo á mis compañeros! mientras Vds. se estaban hartando de glorias con matar á estos pobretes (*Señalando á los muertos*), subido en el real observatorio de estos breñiles, yo les guardaba las espaldas, y miraba si se descubrian mas moros ó cristianos que degollar.

ROLANDO.

Dice bien el pobre; harto ha hecho en este dia, y se puede decir (*Con ironía*) que á él debemos esta victoria. Pero vamos entretanto á saquear el coche y ver lo que contiene, aguárdanos aquí, Gil Blas, y si alguno de estos bribones (*señalando á los muertos*) no acabó de morir, y ves que se menea, despáchale al instante machacándole los sesos con tu trabuco.

(Se van todos menos Gil Blas.)

ESCENA VIII.

GIL BLAS, SOLO.

(Con D. Alvaro estendido en tierra sobre la escena, y los otros dos diseminados algo mas lejos muertos.)

GIL BLAS, *examinando los cadáveres mas lejanos.*

Miedo me dan estos valientes aun despues de muertos: ¡qué bien se defendian! (*Acercándose á D. Alvaro que abre los ojos y hace un movimiento*) ¡Este apuntó á Currito! cuanto me hubiera alegrado que le hubiese matado (*Mírale de muy cerca. y luego huye espantado con gestos ridículos*). ¿Mas qué es esto? como me mira este indigno. ¿Los muertos ven acaso lo que pasa, y oyen? Mire V., señor caballero, no se enoje contra mí; yo no os he muerto; soy demasiado cobarde, lo juro, para atreverme á hacer daño á nadie (*mirando hácia fuera*). Mas hácia aquí traen los hidalgotes de la uña á una señora desmayada; si yo pudiera asustarles un poco, á

fin de hacerles catar á lo que sabe el miedo (*coge su trabuco y les apunta*). ¡ Alto ahí ! quien vive ! contesten los que sean, ó sino!...

CURRITO, *saliendo.*

¿ Eres loco, Gil Blas, no nos conoces ó quieres ejercitarte con nosotros en ser valiente ?

GIL BLAS.

No señor, D. Curro, V. no acierta. Pensé que venian los demonios á llevarse á estos pobres (*Señalando á los muertos*) á los infiernos.

ESCENA IX.

LOS DICHOS Y ROLANDO CON EL MATON LLEVANDO A D.ª MENCIA DESMAYADA ENTRE LOS DOS.

ROLANDO.

Descansemos un poco, mientras vienen los compañeros con los baules y demas equipaje hallado en el coche.

GIL BLAS.

¡Qué linda parece la señora aunque medio muerta de miedo! y á esta no la habeis de matar? parece que solo á los machos se degüella aquí, y se conservan las hembras.

CURRITO.

¡Ola! ola! con que te gusta esta muger! para ti la hemos cogido espresamente, te hará compañía, y tambien á nosotros; entiendes?

GIL BLAS, *aparte.*

¡Qué lástima de señora! mucho la compadezco por haber caido en manos de estos gaznápiros.

ROLANDO.

Ya vienen los compañeros bastante cargados, vámonos al instante á descansar á nuestro subterráneo.

(Se llevan á doña Mencia, y los demas ladrones pasan cargados de baules, talegos, etc.

ESCENA X.

D. ALVARO.

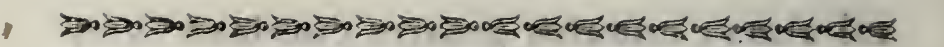
(Levántase herido y sosteniéndose contra un árbol.)

¡Se llevan los infames á mi amada Mencia! Oh suerte cruel la mia; apenas vuelvo del Africa, despues de diez años de cautiverios, cuando recobro á mi esposa para perderla de repente! Oh Dios! estos bandidos se la llevan á su lóbrega morada, y entregada allí á su brutalidad!... (*Mirando por donde se fueron los ladrones*) Pero no; ya veo por donde se meten; ya conozco la entrada del subterráneo: ¡malvados, yo sabré vengarme, iré arrastrando hasta salir del bosque, y encontrar algun ente compasivo que me acompañe al pueblo mas cercano; para volver desde allí á perseguir á los salteadores hasta en su obscura caverna con la justicia y gente armada. ¡Oh Mencia, de

mi alma, cuantos pesares cuestas á tu esposo! Favorecedme, cielos, y dadme la fuerza necesaria para salir de este monte (*Se ata un pañuelo al muslo mirando á sus compañeros*). Murieron mis fieles criados por defenderme; pero juro vengaros pronto ¡oh infelices!

(Se va con trabajo.)

Fin del acto segundo.



ACTO III.

La cueva de los ladrones como en el primer acto.

ESCENA PRIMERA.

Dª. MENCIA Y GIL BLAS.

(Dª. Mencia sentada en una silla con la cabeza apoyada en una mano, y luego Gil Blas que sale de debajo de la escalera con una linterna sorda.)

Dª. MENCIA.

Fuéronse por fin á reposar todos los malvados, dejándome entregada á mi dolor. ¡Ah, esposo de mi alma! te he visto caer á manos de estos bandidos! infeliz de mí, cual será mi suerte! entregada á estos salteadores, la infamia y la muerte aquí me aguardan! Dios todo pode-

roso, envíame un protector que me libre!

GIL BLAS, *que habrá estado oyendo á Dª. Mencia, dice á media voz.*

Alegraos, señora; aquí teneis al protector que os ha de librar.

Dª. MENCIA, *asombrada, vuelve la cabeza mirándole atónita.*

¿Tú, tan jóven, te atreverás á burlar la vigilancia de estos malvados asesinos, esponiéndote á?....

GIL BLAS.

Hablemos bajo, no sea que nos oigan. Yo confieso que soy el mas cobarde de los hombres, y que jamás me atreveré á reñir con nadie cara á cara, si no me siento el mas fuerte. Pero el deseo que tengo de volver á calentarme al gran calentador de los pobres, al sol quiero decir, y á respirar el aire puro, puede aun mas en mí que el miedo. Por otra parte, mis honrados padres, y mi tio Gil Blas Perez, el canónigo mas regordete de la cate-

dral de Oviedo , me han enseñado á ser hombre de bien , y yo jamás olvidaré sus principios. Los nobles habitantes de este palacio encantado quieren por fuerza hacer de mí un salteador , y se empeñan en decir que tengo mucha disposicion á ser un ladron astuto (*Señalando con los dedos*) ; pero yo niego esforzadamente la mayor y la menor de su proposicion ; y saco la consecuencia que por fas ó por nefas he de salir de aquí, huyendo de la hermosa Hebe, de la cual me han hecho el Ganimedes el ciclope Polifemo y demás dioses infernales , á quienes estoy harto de servir el néctar , pues yo soy su copero desde que me han traido aquí engañado. Una traza he estado discurriendo mientras estuve echado en la hedionda cochiguera ó huesera que me han dado por dormitorio ; y si caen en la trampa que les estoy armando , no dudo que V. y yo salgamos pronto de este verdadero infierno. Los ladrones van á mar-

char , dejándome solo aquí con Leonarda y Domingo , á quien he tenido la precaucion de emborrachar, de modo que no pueda oponerse á mis proyectos.

Dª. MENCIA.

¡ Dios quiera protegernos, y facilitarte, ó jóven generoso , los medios de que salgamos ambos de este infernal recinto!

GIL BLAS.

Vuélvome á la elegante huesera que me sirve de aposento , para dar principio á la maraña (*Vuélvese en efecto, y principia á gemir y gritar*). ¡Hay que me muero! misericordia ! ánimas asesinas de los nobles hidalgos que reposan bajo mi cuerpo dolorido, acabad conmigo , no puedo tolerar tantos dolores !

ESCENA II.

LOS DICHOS Y LOS LADRONES.

(Bajan con achas encendidas apresuradamente, y Leonarda con un candil: luego sale Domingo muy borracho del fondo.)

ROLANDO, *á Dª. Mencia que se levantó en pie.*

Qué es eso? qué significan estas voces?

Dª. Mencia, fingiendo temor.

Yo no lo sé de cierto; pero un hombre se está quejando de dolores aquí debajo.

(Señala la escalera.)

LEONARDA, *corriendo á la escalera despues de encender la lámpara.*

¡Ay Dios mio! mi pobre Gil Blas está enfermo! malditos sean Vds. (*A los ladrones*), cuando se lo quisieron llevar ayer al bosque. ¡Estos serán los sustos que pasó, que salen á relucir ahora! infeliz de mí! pobre Gil Blas! si te murieras yo no quiero vivir mas.

(Llora gritando.)

ROLANDO.

Vamos, amigos, socorrerle: tú, Maton, que eres cirujano ó verdugo, que es todo uno, pone tu talento á relucir; púlsale á ver que tiene.

GIL BLAS, *gritando.*

¡Ay de mí, que reviento! la barriga se me está abriendo; ni los dolores que pasó mi madre al parirme fueron iguales!

(Le toma el pulso el Maton.)

EL MATON.

Ya le tomé el pulso; corriendo una purga, Leonarda, con diez onzas del purgante de Mr. Le Roy; luego una cantárida en el vientre, y un ladrillo ardiendo en la planta de los pies. Darle tambien de beber una botella de aguardiente; apriesa, ó de lo contrario se muere Gil Blas.

LEONARDA, *corre á un armario, coge una botellita.*

Sí, sí, yo te purgaré, Gil Blas de mi vida; allá voy.

(Vase hácia la cama.)

DOMINGO, *borracho.*

Aguardiente, yo, yo le daré.

(Va á un armario, coge una botella llena, se bebe casi la mitad, y va bamboleándose hácia Gil Blas que salió de la cama medio desnudo esclamando.)

GIL BLAS, *apretándose la barriga y gritando perseguido de Leonarda con la botellita en la mano.*

¡Ay! ay! qué dolor! pero huye de aquí, bruja del demonio, ¿tú envenenarme con el diablo de Le Roy, que á tantos mató ya en España? ¡Ah, no lo creas, primero reventar! (*Tropieza con Domingo, le coge la botella de aguardiente, haciéndole caer en el suelo*). Daca esa botella, Ciclópe inmundo, á ver si me alivio algo (*Bebe un trago, va á alcanzarlo Leonarda, y echa á correr tras de la mesa*). ¡Aparta, deidad infernal! ángel de tinieblas, huye de mi presencia, que se aumentan los dolores con tu vista!

(Los ladrones acuden á Domingo, que cayó casi sin sentidos de la borrachera.)

LEONARDA, *persiguiendo siempre á Gil Blas con la botellita en la mano.*

Gil Blasito de mi alma, tente: licenciado de mi vida, aguarda: yo quiero purgarte para que te pongas bueno, y no me des un sentimiento como el difunto Perico; pues yo reventaria si hubiera de colocarte muerto en la huesera.

GIL BLAS.

Ya me colocaste vivo en ella, maldita seas, y no te lo perdono (*Bebe de nuevo apurando la botella, y dice aparte*). Despues de muerto no tendrás ese trabajo, pues yo saldré de tus manos antes.

DOMINGO, *en el suelo vuelve en sí.*

Una botella de aguardiente traedme, amigos: yo me muero.

(Haciendo fuerzas para levantarse.)

ROLANDO, *alzándole y entregándole á los otros ladrones.*

Quitadme de ahí á este borracho, y en cuanto se pase la mona, veinte y cin-

co palos le aplicarémos para quitarle el vicio.

(Se llevan á Domingo.)

ESCENA III.

GIL BLAS, ROLANDO, CURRITO, Dª. MENCIA Y LEONARDA.

GIL BLAS.

Ya estoy algo mas sosegado; me alivió el aguardiente. Yo no necesito venenos de estrangis. Quédese Mr. Le Roy matando á los tontos de allá, maldita la falta que hace por acá; pues sobran aquí doctores que saben enviarnos al otro mundo sin tambor ni trompeta.

CURRITO, *á Leonarda.*

Quítate de ahí, Leonarda, pues segun el amor que manifiesta tenerte Gil Blas le aumentas los dolores con tu vista.

LEONARDA.

¿Como se entiende aumentarle yo los dolores? soy acaso tan fea y asquerosa

que ascos le cause al señorito? ¡ Ah ingrato! voy á retirarme ; pero no por eso te perderé de vista.

ROLANDO.

Sí, no le molestes, parece que el licenciado tiene el gusto algo delicado; y apuesto que preferiria ser asistido por esta señora (*Señalando á Dª. Mencía*) que es jóven y bonita, que por tí Leonarda, que ya te pasas de añeja.

LEONARDA.

¡Eso mas me faltaba, una rival! (*Mirando con desden á Dª. Mencía*) ya se ve como es mocita, y nuestro copero barbilampiño, la señora le cuidará con gusto. Vaya, vaya, hace la fuerza de la juventud su efecto: yo habré de contentarme con las sobras.... y.

CURRITO, *á Dª. Mencía.*

Vamos, señora, el cuidar de Gil Blas le servirá á V. de distraccion. Trátele bien, mientras vamos á salir todos. ¿Le cuidará V. gustosa?

D^a^. MENCIA.

Estando un hombre enfermo la humanidad exige el cuidarle , y tratar de aliviarle. Yo haré cuanto pueda.

LEONARDA.

Ya se vé , la señora es humana , y aplicados los remedios por su mano harán mas efecto que por la mia.

ROLANDO, *á Gil Blas.*

Vuélvete amiguito á la cama , pues no puedes acompañarnos hoy al asalto del castillo de un hidalgo de estas cercanías. Esta señora te administrará los remedios de que puedes necesitar.

GIL BLAS.

No , no, no me quedo ; yo quiero acompañarles á Vds. , que aunque los pasados sustos de ayer son sin duda alguna la causa de este fuerte cólico , me hallo ya muy aliviado , y voy cobrando aficion al oficio que tan generosamente se empeñan Vds. en enseñarme.

CURRITO.

Sí, sí, es fuerza te quedes aquí por hoy, pues podria volverte á repetir el dolor durante el ataque del castillo, y no habria allí quien te socorriese. Pero á manos de esta hermosa señora, y de tu querida Leonarda, lo pasarás aquí mucho mejor.

GIL BLAS, *aparte.*

Ya cayeron en la trampa. Eso queria yo, que me dejasen á aquí solo *(A ellos).* Aunque siento el no acompañar á Vds. me hacen fuerza sus razones. Consiento pues en quedarme, y voy á ver si puedo reposar algo en vida, en la huesera que recibirá mi cadáver, si de esta no escapo.

(Vase debajo de la escalera.)

ESCENA. IV.

LOS DICHOS MENOS GIL BLAS.

(Vuelven los demas ladrones del fondo.)

EL MATON.

Domingo está medio moribundo de la borrachera que tomó esta noche, y en dos dias por lo menos no vuelve en sí, segun las apariencias.

ROLANDO.

Dejarle dormir hasta que reviente, que poco importa (*Saca su reloj*). Vámonos entre tanto, antes que amanezca, al punto señalado para el asalto premeditado.

CURRITO, *á Leonarda.*

Ven á cerrar la reja, guarda la llave, y cuida de todo (*Al oido*): y sobre todo vigila á Gil Blas y á esta señora.

(Señala à Dª. Mencía.)

EL MATON.

Sí, vámonos. Tomaré antes el pulso á Gil Blas (*Acércase á la cama mientras los demás cogen sus armas, Gil Blas está roncando fuertemente*). Pero ya está durmiendo como un zorro; podemos irnos.

(Vanse todos menos Gil Blas, y Dª. Mencía. Leonarda cierra la reja y se guarda la llave en la faldriquera.)

ESCENA V.

LEONARDA Y Dª. MENCIA.

LEONARDA, *aparte.*

Yo guardo la llave para que no se escape el pajarito, pues aun que muy cobarde, le creo algo travieso, y podria burlar mi vigilancia; pero no me engañará el tunantuelo (*A Dª. Mencia*). Ya me voy á prepararla á V. su habitacion, pues necesita descanso, porque no ha querido acostarse esta noche.... (*Aparte*). No quiero que cuide de Gil Blas; yo sola,

yo sola he de trabajar por su cuenta (*A D^a. Mencia*). Ahora que están fuera los señores amos, no tendrá V. miedo de echarse á dormir. Voy corriendo á hacerle la cama.

GIL BLAS, *que sacó la cabeza y estuvo escuchando.*

Bueno , ella se subirá pronto.

LEONARDA.

Se le irá pasando á V. poco á poco el miedo que le causan unas gentes tan honradas ; y luego que haya mas confianza se alegrará que la estimen , y les corresponderá V. muy en breve : todo será entonces fiestas y diversiones en estos salones subterráneos; la tratarán como á una reina y.... (*Se rie*) á , á , á. con solo pensarlo todita me alegro... (*Suspira*) ¡ah , cuantas mugeres quisieran entonces ocupar su lugar!.

(Vase con un candil por las escaleras.)

Dª. MENCIA.

Dios me libre cuanto antes de gentes tan inicuas como aquí se hospedan.

ESCENA VI.

Dª. MENCIA y GIL BLAS.

(Dª. Mencia, y Gil Blas saliendo de debajo la escalera y cogiendo sus armas.)

GIL BLAS.

Este es el momento, Dª. Mencia; preparaos á salir de esta infame gazapera y tened ánimo. Infundidme el valor de que tanto necesito para tamaña empresa. Ayudad al sobrino de su tio Gil Perez; y el triste Gil Blas podrá entonces, huyendo con V. de esta tenebrosa mansion de deidades infernales, gozar todavía de la luz del sol, de la luna, de las estrellas, y de cuantos astros y planetas habitan en el firmamento: haced cuenta de que yo soy Orfeo, y vos Eurídice, á

quien quiero sacar de esta huesera, á la que protesto no volver jamás, Dios mediante, si consigo verme fuera de ella.

Dª. MENCIA.

Cuenta, Gil Blas, con mi ayuda; haré cuantos esfuerzos estén á mi alcance para lograr el fin de la loable empresa. Mas callemos que ya vuelve Leonarda.

GIL BLAS, *volviendo la cabeza hácia la escalera.*

En efecto, ya baja mi interesante Hebé; la criatura mas angelical que se pueda ver en los infiernos. Yo me escondo hasta mejor ocasion.

ESCENA VII.

LOS DICHOS Y LEONARDA.

GIL BLAS, *escondido amartilla una pistola.*

Esta será parte de la elocuente oracion que ha de persuadir eficazmente á nuestro Can-Cerbero á que nos franquee la libre salida del Tártaro. Animo, señor de

Santillana, la fortuna es calva, segun dicen, teniendo solo tres cabellos. Agarrémonos pues del único que se nos ofrece ahora, ó de lo contrario, jamás llegaré á ver la sapientisima Salamanca, ni los rebuznantes ingenios latinos que de allí suelen salir.

LEONARDA, *á Da. Mencia.*

Vamos allá, señora, ya está pronta su habitacion. Puede V. ir á dormir con sosiego hasta que vuelvan nuestros amos, que luego verémos lo que se ha de hacer con respeto de V.. á ellos.

Da. MENCIA, *con resolucion.*

Yo no tengo sueño, y no quiero moverme de aquí.

(Se sienta.)

LEONARDA.

Ola! ola! con que V. no quiere, alma mia! pues vendrá sin querer (*La tira de un brazo*). Vamos allá, amiguita.

Da. MENCIA, *forcejeando.*

Yo le digo que no quiero, y no me

moveré de aqui ; y si V. no se va de mi lado (*Amenazándola*) , soy todavía mas fuerte que V. y....

LEONARDA.

¿A mi amenazarme, perra ? como se entiende? yo la azotaré á V. (*La agarra, forcejean las dos: Dª. Mencia dá un empujon á Leonarda obligándola à dár álgunos pasos atrás*). Pero voy á llamar á Gil Blas y verémos entonces si V. hace burla de mí (*Llamà*). Gil Blas, amiguito, vístete , ven á ayudarme á castigar á esta truana que me insulta.

GIL BLAS, *poniéndola de improviso una pistola al pecho.*

Aquí estoy, mona mia, para ayudarte. Ten entre tanto la bondad de entregarme la llave de la reja á fin de castigar, echándola fuera de aqui, á esa señora que se atreve á maltratar á la humana y amable Leonarda. Vamos despacha, ó sino te levanto la tapa de los sesos, en-

viándote á cenar esta noche con Satanás y su tiznada corte.

LEONARDA, *con temor.*

¿Qué dices, Gil Blas? tú te equivocas: mira que yo soy tu amiga. ¡Es así como correspondes al amor que te tengo, ingrato!

GIL BLAS.

Vamos, pocas razones, ó te encajo el par de ciruelas de plomo aquí metidas.

LEONARDA, *le entrega las llaves.*

Tómalas, tómalas, tunantuelo. Dios castigará tu ingratitud.

GIL BLAS.

Ahora te diré para satisfaccion tuya, que esta señora y yo hemos hecho voto esta noche de ir juntos peregrinando hasta Roma, á fin de pedir al Padre santo que nos conceda licencia para vivir libres de pecado aquí contigo y demas dioses infernales.

LEONARDA.

¿Con qué quieres escaparte con esta

señora? ¡ Eso, voto á Pluton. no lo permitiré!

(Agárrase con Dª. Mencia, ambas forcejean.)

GIL BLAS.

Yo sabré calmar tu furor, Leonarda. (*Coge unos cordeles, ata á la vieja á los pies de la mesa ayudándole Dª. Mencia*). Espera con cachaza nuestro regreso ; no tardarémos en volver.

LEONARDA.

No te vayas, amante (*Suplicando*), mira que te espones mucho. Cuando vuelvan los amos os perseguirán incontinenti : les atraparán á Vds., y los degollarán. Con que, Gil Blasito de mi alma, mira lo que haces, reflexiona, aun es tiempo; si te arrepientes, yo prometo no decir palabra á los amos. Yo te amo tanto, puedes vivir aquí muy feliz conmigo, y podemos casarnos para tranquilidad de tu conciencia.

GIL BLAS, *encendiendo una acha.*

Sí, tienes mucha razon ; nos casarémos

á mi vuelta de Roma, pues es preciso que cumpla el voto. Pero tú irás á esperar mi venida en el otro mundo; allí celebrarémos nuestras bodas, vida mia. Me has recordado que los ladrones, tus infames compañeros, podian perseguirnos, y no conviene. Pero yo sabré estorbárselo. Los espero escondido á la salida del subterráneo, cuando hayan entrado en la gazapera, prendo fuego á la mecha de cierta mina que Rolando tuvo la debilidad de mostrarme, esplicándome su efecto, que es el de hacer volar este palacio encantado, á fin de no caer en manos de la santa Hermandad, en caso de ser descubiertos. Ellos me hicieron el favor de librarme caritativamente de sus garras, hospedándome aquí, y dándome una compañera tan linda y agraciada como tú (*La hace una fiesta en la cara y Leonarda le quiere morder*); yo como sumamente agradecido á sus favores, quiero tambien librarles á todos, sin olvidarte á tí, mo-

na mia, de los tormentos, calabozos, horcas y demas regalitos que les tiene destinados la justicia, haciéndoles volar con mucha premura. Con que á Dios, angelito, abur, hasta la vista. Vámonos señora.

(A Dª. Mencia; se va à la reja y la abre.)

Dª. MENCIA, *al irse.*

A dios virtuosa y caritativa Leonarda; espéranos aquí con cristiana resignacion.
(Vanse, cierra la reja Gil Blas llevándose la llave)

ESCENA VIII.

LEONARDA SOLA *(gritando,)*

¿Ah perros, así os marchais? ¡qué no pueda yo deteneros! ¿como se entiende hacernos volar? Domingo, Domingo (*Le llama*): maldita sea tu borrachera, bribon, que nos has perdido. Si no hubiera estadobebido el tunante, Gil Blas no se hubiera determinado á quitarme la llave,

pues es demasiado cobarde. Domingo! Domingo!

(Llamándole otra vez)

ESCENA IX.

LA DICHA Y DOMINGO.

DOMINGO, *sale bamboleándose de borrachera.*

¿Qué voces son estas? qué quiere V., Leonarda? Pero qué veo? quien la tiene atada? Eso será sin duda alguna gracia de su jóven favorito; me alegro, así le paga las declaraciones de amor que V. le ha hecho. Donde está? que le dé un abrazo por lo bien que se porta con su tiernísima amante.

LEONARDA.

Déjate de chuscadas, majadero: ya voló el pajaro, corre tras él, pues se ha escapado con aquella señora que entró aquí ayer para nuestra perdicion.

DOMINGO.

¿Como se entiende? se marcha sin pe-

dirme licencia, á mí que soy aquí el portero? yo voy á alcanzarle y verémos.

(Vase à la reja cojeando y medio cayéndose de borracho; da un fuerte tropezon en la reja, toca la campana à rebato: preséntanse los ladrones à la reja y tratan de violentarla.)

DOMINGO.

Mas no puedo abrir señores, yo no tengo la llave, ¿Leonarda démela V.?

LEONARDA.

Tampoco yo. que la tiene Gil Blas.

(Violentan la reja, entran alborotando)

ESCENA X.

TODOS MENOS GIL BLAS Y Dª. MENCIA.

ROLANDO.

¿Qué significa este desórden? Leonarda atada aquí á la mesa? Este bribon, tan borracho que no puede abrirnos! Donde está Gil Blas? A donde se halla la señora que cogimos esta noche pasada?

LEONARDA *llorando y gritando.*

Ya voló el pichoncito de mis entrañas: marchó con la perra de la tal señora, atándome entre ambos de esta suerte (*Los ladrones la desatan*). «Pero corred á prenderlos: hace poco que salieron: alcanzadlos pronto, pues dijo al salir que iba á prender fuego á la mina, á fin de hacernos volar tambien á nosotros.

CURRITO.

¡Se escaparon! corramos todos, amigos antes que se prenda fuego la pòlvora (*Van á salir los ladrones; se asoman á la reja, cuando ven gentes que se acercan*) Todos somos descubiertos; gente armada se acerca: preparémonos á morir ó vencer.

ESCENA XI.

LOS DICHOS Y D. ALVARO SEGUIDO DE LA JUSTICIA Y SOLDADOS: DETRAS GIL BLAS Y D^a^. MENCIA.

D. ALVARO.

Rendíos, cobardes asesinos; vuestra muerte vengará los delitos cometidos.

ROLANDO.

¡Rendirnos jamás! (*Se persiguen por el subterràneo; disparan algunos tiros, luego sacan los aceros, vuelven hácia la escena, pelean.*)

LEONARDA (*corriendo á asir á Gil Blas*).

Ya no te escaparás bribon de mis manos, por fuerza te has de casar conmigo.

D^a^. MENCIA (*empujándola*).

Quítate de ahí vejestorio! Gil Blas no es para tí!

GIL BLAS, *dándola un bofeton.*

Aparta, ángel de tinieblas, huye de mi presencia.

(Don Alvaro hiere à Rolando. Se rinden los de-

màs ladrones à los soldados, Gil Blas acude con su sable desenvainado apuntando à Currito, que se arrodilla delante de un soldado que tambien le apunta.)

GIL BLAS.

Ah perro, ya no te hartarás mas de glorias latrocinias, ni tendrás que temer que te se vuelvan á indigestar, pues no curarás de este empacho. Ya se concluyó el ser mi maestro, y la pretension de hacerme tan famoso como á Caco vuestro santo patron.

CURRITO.

No pienses burlarte de mí, pues si me ahorcan, tú tambien bailarás á mi lado en la cuerda tirante.

D. ALVARO.

Te engañas, miserable: este jóven salvó á mi esposa de vuestras manos, es inocente de vuestros crímenes. Le hallamos á punto de prender fuego á la mina que habia de sepultaros en las ruinas de este subterráneo: es acreedor á la estimacion

universal por haber intentado librar solo al mundo de unos malvados asesinos.

Dª. MENCIA *abrazando á su esposo.*

Sí, esposo mio: Gil Blas quiso salvarme de sus infamias; pero ya que te he hallado, creyéndote asesinado por estos salteadores, bendigamos la Providencia que protege á sus hijos indefensos: y vámonos á gozar de los placeres que proporciona la virtud lejos de esta mansion de crímenes.



COMEDIAS NUEVAS,

IMPRESAS EN TOMITOS EN 16.

LA HEREDERA, por Scribe y G. Delangue: en un acto, 2 rs.—NAPOLEON LO MANDA: en dos actos, 4 rs.—CHITON! en dos actos, 4 rs.—EL COLEGIO DE TONNINGTON Ó LA EDUCANDA, drama en seis actos, por Victor Ducange, 5 rs.—LA DUQUESA DE LA VAUBALIERE, drama en cinco actos, por Mr. Rougemont, 5 rs.—EL HIPÓCRITA, comedia de Molière, en cinco actos: 1 tomo 8, 6 rs.

En la espresada librería de OLIVA se hallará una escogida Coleccion de novelas, impresas en tomitos 16 mayor, adornados de láminas y hermosas viñetas, á razon de 8 reales vellon el tomo en rústica y 10 en pasta.

